

## **Nuestros conflictos y memorias: el conflicto armado colombiano**

Guillermo Alejandro Dabbraccio

---

### **Resumen**

El artículo que aquí se presenta, constituye una continuidad de los resultados de investigaciones en diversas estancias que el autor ha llevado a cabo desde la realización de su Doctorado en Ciencias Sociales con énfasis en sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO México), evaluada como tesis laureada y cuyas elaboraciones son parte de un capítulo de dicha investigación sobre el "estado del arte de la investigación sobre el conflicto armado colombiano".

**Palabras claves:** Conflictos. Memorias. Conflicto armado colombiano.

### **Our Conflicts and Memoirs: the Colombian armed conflict**

#### **Abstract**

The article presented here, is a continuation of research results in several stays that the author has undertaken since the completion of his PhD in Social Sciences with an emphasis in sociology at the Latin American Faculty of Social Sciences (FLACSO Mexico) thesis evaluated laureate whose elaborations are part of a chapter of the research on the "state of the art of research on the Colombian armed conflict.

**Key-Words:** Conflicts, Memoirs, Colombian armed conflict.

## INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre la violencia en el conflicto armado en Colombia se han orientado en diversas direcciones. En algunos casos, a encontrar la causa básica de la violencia en algún tipo de estructura global (económico, social, política, legal). Otros han buscado los orígenes de las violencias en los factores de orden cultural (“herencias” de identidades partidistas o herencia “social” en la resolución violenta de los conflictos). Otros han percibido la cuestión de manera distinta, considerando que no es posible dar una interpretación única al problema de la violencia. Si bien en algunos trabajos es posible observar alguna similitud en las interpretaciones, lo cierto es que en cada uno de ellos el énfasis está colocado en ciertas teorías explicativas de la violencia sin que ello quiera decir que con frecuencia compartan algunas interpretaciones que estén insertas en otras.

En aras de simplificar y delimitar el estado del arte de la investigación sobre la violencia en el conflicto armado colombiano, solamente señalaré en el siguiente párrafo una obra clásica de los años sesenta y setenta y a continuación en las siguientes páginas enfocaré la mirada a los estudios posteriores a 1985, porque es desde esa fecha – paralelo a la emergencia terrorífica de los carteles de la cocaína – donde emergen estudios más rigurosos en el país. Un breve balance de cada uno de los estudios e investigaciones realizados sobre la violencia presente en el conflicto armado colombiano nos arrojaría luz sobre cuáles son los principales preguntas, tesis o explicaciones que hasta ahora han despertado el interés de los académicos en esta compleja área problemática. O si en el caso del departamento del Valle del Cauca que aquí nos ocupa, la persistencia de una guerra que continúa a la otra responde a nuevos condicionantes o estrategias mismas de los actores, más que a cierta tradición de conflictos inscritos en la región.

Escrito inmediatamente después de “La Violencia”, el libro clásico “La violencia en Colombia” de Guzmán, Fals Borda y Umaña abordaba el problema a partir de la teoría del conflicto social. De acuerdo con esta lógica, la Violencia era un proceso revelador de la disfunción de “las instituciones fundamentales”, de la desintegración y de la reorganización de las estructuras mismas de la sociedad. El diagnóstico establecido era, por cierto, muy descriptivo y enmarcado en una fuerte influencia funcionalista. En dicha línea de trabajo se inscribían las publicaciones de

políticos norteamericanos colocando al Estado en el centro del análisis. El ejemplo más marcado en este campo es la obra de Paul Oquist de la cual "la teoría integral" sobre el derrumbe parcial del estado como elemento explicativo de la Violencia ha suscitado controversia, aunque también han contribuido a orientar los debates en este sentido.

Un segundo trabajo a examinar es el de Betancourt y García intitulado *Matones y Cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el Occidente Colombiano*. De acuerdo con los autores, el factor común que liga a las guerras civiles con la violencia de los treinta y los cincuenta no está constituido por "*la descomposición campesina, sino por el manejo electoral, gamonal y caciquil de las luchas de colonos y arrendatarios, es decir, la manipulación partidista del conflicto agrario*" (Betancourt y García, 1990, p. 26). Según los autores, la violencia en el Valle, hasta los años 50, tuvo una connotación distinta a la ocurrida en Cundinamarca y Tolima, pues en el primer departamento la influencia de los socialistas, comunistas y gaitanistas tuvo que ver más con las ciudades y los jornaleros agrícolas de las planicies que con los campesinos cordilleranos que quedaron a merced de la manipulación electoral de los partidos tradicionales. Aquí, la violencia es analizada como partidista implementada desde arriba. O sea, como una lucha esencialmente política. Igualmente distinguen hacia los años 1955-1957 otros actores que surgirían en el seno mismo de las comunidades campesinas para hacer frente a la violencia conservadora de los "pájaros", bautizadas como cuadrillas bandoleras y conformadas con base sociales provenientes del liberalismo. Sobre este aspecto, establecen una tipología de tales bandas y cuadrillas y señalan, a su vez, sus distintos grados de compromisos con el poder local o regional o sus diversos lazos con la población. En síntesis, los autores defienden la tesis de la continuidad histórica de la violencia, pues las nuevas formas de la violencia emergen de los restos que se heredaron de los cincuenta, simbolizando en cierto modo la erosión de los sentimientos de inclusión del campesinado en los dos partidos tradicionales.

Otra categoría de trabajo sobre la violencia bien representada en Colombia es la de las monografías regionales. Estas ponen en evidencia cuestiones semejantes a aquellas planteadas en los estudios hechos a escala nacional, revelando que las formas de violencia son, ya, a nivel de una región, múltiples. Estos análisis son de una gran riqueza, ya que se pueden observar sobre el terreno cómo

los factores y los actores “macrosociales”, mencionados antes, se entrelazan y entran en interacción.

En el marco del proyecto de investigación “Geografía de la violencia contemporánea en Colombia” Reyes (1988) utilizó por primera vez un trabajo cartográfico riguroso para cimentar su argumentación acerca de la implantación rural localizada de los frentes guerrilleros. La descripción sistemática de áreas de guerrillas permitió retomar las tesis que asocian la distribución de los grupos insurrectos con luchas sociales ligadas a conflictos agrarios. En cuanto a Lozada y Velez, el trabajo similar que emprendieron los llevó a poner en duda la teoría que apuntaba a las carencias del Estado y a la pobreza como elementos que favorecían la perpetración del conflicto armado, evaluando principalmente, comuna por comuna, tanto en las ciudades como en las zonas rurales, la correlación existente entre el número de homicidios cometidos y los datos socioeconómicos que expresaban un encajonamiento de las poblaciones por parte del Estado.

Al respecto, el trabajo de Gaitán es una demostración elocuente del interés por la evolución diacrónica de la tasa de homicidios por habitante, sustentando no solamente que el país ha atravesado suficientes periodos de calma relativa después de su llegada a la independencia, sino refutar la noción de “cultura de la violencia” a veces evocada a propósito de la supuesta “continuidad histórica” de la violencia colombiana después del siglo XIX. Así mismo Echandia, a partir de mapas continuamente mejorados, insiste en el débil valor explicativo de la pobreza en la intensidad de la violencia sufrida en ciertas partes del país, el cual en estudios de décadas pasadas había recaído en los procesos de afiliación partidista o de bandolerismo social. Sin embargo, si la hipótesis de las “causas objetivas” de la violencia se rechaza cada vez más, es también porque los autores han refinado el concepto de la “pobreza” el cual se sustituye por aquel más sutil “de inequidad” que hace referencia no solamente a las diferencias en ingresos entre los habitantes, sino también a la noción de desigualdad en la distribución de la riqueza. Un trabajo econométrico de Alfredo Sarmiento que ha merecido ser cartografiado en tanto que los datos utilizados son precisos, demuestra que las desigualdades constituyen el principal factor que permite explicar el aumento de la tasa de homicidios durante los años noventa. Del mismo modo, el papel del estado continua siendo un punto discutido por los investigadores, que denuncian, no solo globalmente estas debilidades, si no mas precisamente los vacíos del sistema judicial.

Echandía orienta su interpretación hacia las causas más prosaicas e individuales, insistiendo en los odios personales: “Los móviles aparentes de estos asesinatos colectivos eran políticos pero detrás de estos se encontraba casi siempre, la venganzas personales” (Echandía, 1999, p. 43). Este vacío es, en parte, llenado por Bejarano, cuyo análisis se centra en el vínculo entre la violencia y la economía, a partir de un fuerte estudio sobre el noroccidente, en el que se elaboró un inventario de las riquezas – producción bananera, ganadería o los cultivos ilícitos – como centro de codicia.

Con respecto a investigaciones sobre la relación entre violencia, interacción y legalidad, los trabajos de Orozco sobre combatientes, rebeldes y territorios, junto con la aproximación de Germán Palacio al concepto de paraestado, constituyen dos rigurosos referentes. Desde una perspectiva regional, el estudio de García sobre la relación entre actores en el Urabá antioqueño entre 1960 y 1990, ofrece pistas para entender como se construyó una región (bananera) a partir del conflicto armado y lógicas de territorialización de grupos armados, es decir, del Urabá como escenario sinónimo de violencia exacerbada por el paramilitarismo y las guerrillas del Epl y Farc, provocando identidades escindidas posteriores a los noventa.

También habría que recordar los análisis de Gómez y Uprimny sobre las relaciones entre justicia y violencia. Precisamente, la diferenciación entre delincuente político y común ha sido objeto de una dura crítica por parte de Rubio: según él, la evidencia empírica contradice las dos premisas de los partidarios de una salida negociada al conflicto, que conciben a los insurgentes como bandidos sociales que actúan como actores colectivos, determinados por condiciones estructurales objetivas y opuestos a los organismos del Estado, instrumentos esenciales de los grupos dominantes.

Pero son dos análisis recientes, ricos, sólidos e innovadores basados en el uso competente de metodologías de investigación sociológica los que cabe aquí destacar sobre las justicias que imponen las guerrillas en Colombia: hacemos referencia a los trabajos de Peña y Molano. Partiendo de una identificación detallada de las diferentes categorías de litigantes y de los diferentes tipos de litigios, Aguilera establece una periodización de la justicia insurgente, en la cual distingue tres periodos: justicia militarista, justicia retaliadora y justicia del poder local. Con base en

materiales inéditos, Aguilera hace una original contribución a la sociología del derecho.

En “Guerra y política en la sociedad colombiana”, el historiador Gonzalo Sánchez intentó develar las relaciones que han existido a lo largo de la historia colombiana entre la guerra y la política. Dichas relaciones han sido siempre conflictivas, contradictorias y ambiguas, y varían de acuerdo con el momento histórico en que se presentan. Historicidad de la guerra e historicidad de la política es lo que pretende dilucidar Gonzalo Sánchez en este libro, como un intento de precisar, en un modelo no evolutivo sino de rupturas decisivas, los diferentes textos y los diversos tipos de combinaciones entre guerra y política por los que ha pasado el todavía inacabado proceso de formación de la nación colombiana (Sánchez, 1999, p. 15). Desde las guerras civiles del siglo XIX hasta las más complejas y trágicas según Sánchez del XX (envilecidas por sus tácticas y métodos de lucha) se encuentra que, en algunas ocasiones, la guerra se ha subordinado a la política; en otras – las más – la política se ha subordinado a la guerra. En todas, sin embargo, guerra y política han jalonado la historia de Colombia como no ha ocurrido con la de ninguna otra nación de América Latina.

Rangel ha sido pionero en dimensionar la importancia de la amenaza guerrillera y la magnitud de las fuentes de financiamiento insurgente, analizando la forma como dichas fuentes de recursos han pasado de formas predatorias de la población, de baja exposición militar, aisladas, de ocasión, hacia formas parasitarias, donde hay una infiltración de largo plazo en la sociedad, tales como la extorsión a cambio de protección y desfalcos, y hacia una forma mas desarrollada, “donde la economía guerrillera se vuelve arte integral de la dinámica económica regional y le es absolutamente funcional”. Ambos analistas, con puntos de partida distintos, coinciden en la caracterización sistémica de la guerrilla. Rangel señala el robo de ganado y rendimientos obtenidos en el lavado de dinero.

Para acercarse al tema de las relaciones de la violencia con el narcocultivo, hay que tener en cuenta el trabajo de J. E. Jaramillo, Cubides y Mora, que muestran las interrelaciones entre colonización campesina, coca y guerrilla, y los trabajos del CINEP de Vargas y Barragán. Es interesante señalar como Thoumi relaciona los problemas de la violencia y el narcotráfico con el estilo de desarrollo del Estado y su crisis de legitimidad.

Sobre el desarrollo de la guerrilla, hay que destacar los esfuerzos de Eduardo Pizarro para la historia del origen de las FARC y sobre su carácter insurgente que según este sociólogo “no conduce a la revolución”. De igual modo, es interesante el estudio antropológico de María V. Uribe sobre el regreso de la guerrilla EPL a la vida civil, con una marcada insistencia sobre la subcultura guerrillera, la mentalidad y el origen de los combatientes, sus motivaciones para la lucha, sus vivencias de desarraigo y reinserción, así como las obras de Alape sobre Tirofijo, los relatos de Molano sobre personajes ligados a la violencia, los libros de Villamizar sobre el M-19 y las narraciones de algunos antiguos militantes sobre algunas de sus respectivas organizaciones: por ejemplo, los trabajos de Villarraga, Plazas y Calvo sobre el EPL. Así mismo, los estudios de Fabio López de la Roche sobre la tradición político-cultural de las izquierdas en Colombia, tanto desde los rasgos antidemocráticos de la vieja tradición hasta la invisibilidad de estas y la necesidad de ver también sus contribuciones a la dinámica democrática.

Más recientemente, han surgido algunos estudios que piden mayor respaldo empírico, como intentos de creación de series periódicas, siendo representativos los trabajos de Echandía y Gaitán, así como los de Malcom Deas y Bejarano. La insistencia en la necesidad de combinar los análisis de las condiciones regionales y locales de áreas de conflicto con el análisis de la crisis nacional los acercan bastante al enfoque de los trabajos del CINEP. Particularmente valioso es el aporte de Gaitán para descartar la fácil asociación directa que se suele hacer entre pobreza y violencia y apuntar hacia la dirección más correcta, que sería asociar la violencia al aumento rápido y desigual de la riqueza en determinadas áreas, donde es visible el contraste entre pobres y nuevos ricos, y escaso el control estatal.

Un aporte sobre la dimensión del conflicto armado en las regiones de la colonización fue el realizado por Gómez Buendía (2000, p. 38-39) quien indica que la historia nacional de las últimas décadas se ha estado haciendo en las márgenes, en aquellas regiones de colonización activa en la que los expulsados de la economía urbana buscan oportunidades económicas. Las Farc se han convertido en un “Estado primitivo” que controla una parte de los territorios marginales y de colonización activa del país, con riquezas propias, altos flujos monetarios, y bajos niveles de asentamiento de la población. Son territorios volátiles, en los que no ha habido construcción ni de Estado ni de nación, con servicios públicos primitivos, o inexistentes, ausencia de vías de comunicación y niveles muy bajos, casi nulos, de

inversión social. Su relación con el centro urbano del país esta marcada por una dinámica permanente de expulsión y cerco. Porque supieron aprovechar las oportunidades disponibles, con las circunstancias históricas de desarrollo e historia colombiana, las FARC han estado presentes en forma activa en el proceso de colonización ocurrido en las ultimas décadas y, en forma crucial, han controlado las zonas de bonanzas económicas ilegales. En esas zonas han intentado convertirse en una especie de Estado alternativo, que garantiza la protección armada de sus habitantes, imparte una justicia primitiva y autoritaria y cobra la tributación correspondiente a sus asociados.

Respecto a la relación entre violencia, interacción y legalidad, es pertinente revisar los trabajos de Orozco “Combatientes, rebeldes y territorios”, junto con la aproximación de Germán Palacio al concepto de paraestado.

Precisamente, la diferenciación entre delincuente político y común ha sido objeto de una dura crítica por parte de Mauricio Rubio, quien afirmó que la evidencia empírica contradice las dos premisas de los partidarios de una salida negociada al conflicto, que conciben a los insurgentes como bandidos sociales que actúan como actores colectivos, determinados por condiciones estructurales objetivas y opuestos a los organismos del Estado, instrumentos esenciales de los grupos dominantes. Así, la realidad encontrada no muestra a los actores armados como modernos Robin Hoods, con motivaciones altruistas, amplio respaldo popular, una honda adhesión política, una acentuada movilidad y cierto carácter telúrico (una relación cercana con un territorio y una población determinada), sino con conductas muy semejantes a las del delincuente común. Señala que el apoyo económico del campesino a las guerrillas dista de ser voluntario, las relaciones amigables con las comunidades campesinas son escasas, el manejo clientelista de los recursos públicos por parte de la guerrilla no se diferencia del de los políticos tradicionales sino por su carácter armado. Peor aún, el recurso al secuestro o al impuesto sobre el narcocultivo hacen bastante irreal la distinción entre delincuentes comunes y políticos.

Para acercarse al tema de las relaciones de la violencia con el narcocultivo, debemos tener en cuenta el trabajo de Jaramillo, Cubides y Mora que muestran las interrelaciones entre colonización campesina, coca y guerrilla. Es interesante señalar la manera como Francisco Thoumi relaciona los problemas de violencia y narcotráfico con el desarrollo del Estado colombiano y su crisis de



legitimidad. Sobre relaciones entre problema agrario y violencia del narcotráfico cabe señalar los análisis de Reyes o de González sobre la Amazonia.

Por su parte, Gaitán ha insistido en la necesidad de combinar los análisis de las condiciones regionales y locales de áreas de conflicto con el análisis de la crisis nacional. Particularmente valioso es su aporte para descartar la fácil asociación directa que se suele hacer entre pobreza y violencia y apuntar hacia la dirección más correcta, que sería asociar la violencia al aumento rápido y desigual de la riqueza en determinadas áreas, donde es visible el contraste entre pobres y nuevos ricos, y escaso el control estatal. También son útiles las recomendaciones de Gaitán sobre la necesidad de profundizar en el análisis sociológico, antropológico y psicológico de los grupos guerrilleros y paramilitares, de los funcionarios de justicia, miembros de la fuerza pública y de personas involucradas en el narcotráfico.

Más recientemente, han surgido algunos estudios críticos de los clásicos del conflicto armado. Algunos intentos de buscar datos estadísticos para ir creando series periódicas, como los trabajos de Echandía y Gaitán, han sido importantes. Sin embargo, curiosamente estos autores no se distancian tanto como creen de los autores criticados. Así, Malcom Deas hace un recorrido por la historia colombiana para mostrar que Colombia no siempre ha sido tan violenta como es ahora y que es realmente poco lo que sabemos sobre el tema. Además, reivindica el carácter esencialmente político de la violencia política, que considera irreductible a otras categorías económicas, sociales y culturales. Y subraya algo que generalmente se pasa por alto: se trata de una violencia política que busca el poder en los lugares donde el Estado apenas si puede reclamar el monopolio de la fuerza, por lo que la lucha no se da siempre contra el Estado sino contra otros rivales. Esta afirmación está reforzada por la idea de poca deferencia de la población frente a la autoridad y debilidad institucional. Ambas ideas relacionadas con enfoques centrados en la precariedad estatal.

La idea de la relación entre nueva riqueza y violencia es central en los trabajos de Jesús Bejarano para quien la causa de la violencia no es ni la pobreza en sí misma (la violencia aumenta con la riqueza) ni la ausencia del Estado en sí misma, sino la rápida expansión económica de ciertas regiones, que va más allá de la capacidad del Estado para hacer presencia en ellas. Esto reflejaría la pérdida del monopolio de la coerción legítima del Estado y la incapacidad de la sociedad y de las instituciones judiciales para solucionar civilizadamente los conflictos. Estos

planteamientos son bastante cercanos a los acercamientos en torno a la precariedad del Estado y a la inexistencia de un espacio público de resolución de conflictos, que ponen el problema tanto en el Estado como en la sociedad. También son importantes las precisiones de Bejarano en torno a la evolución del movimiento guerrillero, ya que muchos de los análisis se quedan en el momento fundacional de los grupos rebeldes y prescinden de su posterior evolución. Así, señala que los movimientos guerrilleros ya no se concentran exclusivamente en las zonas de colonización más o menos marginal donde se originaron, sino que se han venido expandiendo hacia a zonas más ricas, dedicadas a la agricultura comercial, ganadería, explotación petrolera o aurífera, y a zonas fronterizas o costeras, que le permiten acceder a recursos del contrabando. Por lo demás, este cambio de áreas hace que la guerrilla sea menos societaria, menos ligada a las bases sociales y más militarista. Señala en ese sentido que las guerrillas de las FARC buscan hoy apoyarse en los sectores no asimilados en las economías del oro, petróleo, banano, palma africana, coca y amapola, donde se produce un rápido crecimiento económico.

Existe otro grupo de investigadores que han adoptado el análisis de la inserción regional de la guerrilla en determinadas regiones del país desde la perspectiva del conflicto como condición inherente a la existencia y la dinámica social y el papel de los grupos en armas en la construcción de territorio. El desarrollo de algunos de estos estudios se hizo bajo el criterio de combinar el enfoque histórico estructural de larga duración con un acercamiento coyuntural, de corto plazo y énfasis regional. Entre tales trabajos se cuentan los de la zona esmeraldera, Córdoba, el Sumapaz, las zonas de colonización de la Orinoquia y Amazonía. Dentro de este grupo sólo tomaremos dos: "Urabá: región, actores y conflicto 1960-1990" de Clara García y "Colonización y conflicto Armado" de Alejo Vargas. En estudio del Urabá, García resalta el significado social y político que adquieren a posteriori los alzados en armas en la configuración regional, primero, con la integración del territorio y luego propiciando la constitución de actores sociales. Otro aporte investigativo aquí es mostrar cómo la guerrilla incide en la constitución de los actores en la región. Así, en el área bananera es previsible ver como la participación del EPL en las coyunturas laborales trajo como efecto que " *el Estado, la guerrilla, los gremios y los sindicatos se reconocieran mutuamente como actores con intereses regionales, y por tanto definidos en relación con los demás*" (García, 1996, p.165).

La autora pone en cuestión aquella visión que ve al Estado como un hecho dado sino, por el contrario, al igual que la región, como un proceso en construcción. Instituciones y normatividad no se perciben como implantación mecánica en el territorio sino construida a la par con la región.

El otro texto ubicado en esta misma tradición de análisis es el de la "*Colonización y conflicto armado*" de Alejo Vargas. La hipótesis aquí es que el desorden social producido en dicha región supuso la primacía de elementos coercitivos en la que los actores se encontraban atravesados por imágenes negativas donde el otro es percibido como enemigo y la utilización de la violencia entra a jugar parte fundamental en los arreglos sociales. El punto central del texto es mostrar cómo la violencia actual se nutre de las violencias anteriores. En sus conclusiones, considera Vargas que la inserción del ELN en la región no es gratuita y se encuentra precedida del descontento de la población con la vieja política y la desesperanza producida por experiencias políticas como las del MRL, el gaitanismo y el Anapismo. Así, a las antiguas contradicciones no resueltas se le agregan otras que crean un caldo de cultivo proclive a las opciones violentas que promueven actores como la guerrilla y el narcotráfico.

Entre otros trabajos que ofrecen una perspectiva distinta a los aquí anotados, se encuentra el estudio sobre "*El surgimiento y andar territorial del Quintín Lame*" de la profesora Espinosa. A partir del análisis etnográfico de un acontecimiento en particular – la recuperación de la Hacienda en el Norte Caucaño – y del surgimiento de nuevos actores indígenas – el Movimiento indigenista armado Quintín Lame –, esta rigurosa antropóloga nos propone una metodología pertinente para emprender la etnografía de procesos políticos regionales. Esta visión se diferencia de otros pues parte del análisis de las especificidades del discurso, de la textura de la vida cotidiana y de la creatividad cultural, para así dar cuenta de la guerrilla en clave de contexto histórico. A la vez, esta obra es una etnografía que por múltiples razones logra trascender las limitaciones de la etnografía tradicional. Siendo etnografía de un acontecimiento y no de un grupo cultural, permite un seguimiento de la creatividad cultural dentro de la cual la cultura no es concebida como un conjunto de reglas de acción y de valores, sino como un proceso de adaptación a un contexto, igualmente nutrido por el encuentro entre actores de culturas diferentes, como por las exigencias del momento. Logra este estudio describirnos una cultura forjada en el encuentro de diversos actores que incluye

tanto a los indígenas paeces, militares y civiles, hasta campesinos, afrocolombianos, funcionarios del Estado y miembros de las fuerzas armadas. Su riguroso aporte se debe a que produce una etnografía, primero, cuyo análisis surge de la relación entre varias subjetividades y segundo, porque está organizada en torno al encuentro de la teoría antropológica metropolitana con una teorización propia de los protagonistas. Es decir, en una época caracterizada por la aparición de nuevas voces subalternas en la antropología, Espinosa intenta captar formas alternativas de análisis etnográfico para orientar su interpretación del proceso social y cultural del movimiento guerrillero Quintín Lame de los años setenta y ochenta.

En los últimos cinco años han aparecido decenas de trabajos y estudios de los que pretendemos señalar ocho con mayor rigurosidad. En una investigación poco común dentro de la literatura acerca del conflicto armado colombiano, Eric Lair (1999) propone un enfoque estratégico para entender el uso del terror por parte de las organizaciones armadas que se disputan poblaciones y territorios. Situado en el contexto de la discusión internacional sobre el carácter caótico o desordenado de los nuevos conflictos que azotan a los países mas pobres y en desarrollo (la llamada “Guerra Harapienta”), Lair desecha la idea de identificar las guerras de nuevo tipo con el caos o el desorden. Su punto de partida es que si bien los discursos tradicionales sobre las causas del conflicto han logrado muy poco en términos explicativos y no pueden cubrir los nuevos rasgos que ha asumido el conflicto colombiano, los discursos recientes sobre el carácter “desordenado” del conflicto colombiano no hacen justicia a la complejidad del mismo”.

No hay duda que la guerra en Colombia ha merecido innumerables trabajos. Pero son muy pocos los que en el marco de la guerra se preguntan por la muerte, por el asunto humano del dolor y el sufrimiento que ella acarrea y por sus consecuencias sobre las poblaciones. Menos aún se encuentran estudios que se interroguen por el nivel de significaciones simbólicas y los efectos que pudieran tener las muertes en combate, o sus posibilidades de simbolización, o la elaboración de los duelos por los muertos y, en consecuencia, las posibilidades de reconciliación de la sociedad. Por ello, una interesante, refrescante y audaz investigación es la de la profesora Elsa Blair de la Universidad de Antioquia titulada “La teatralización del exceso”, en la que la autora se pregunta por las muertes violentas de las guerras pero desde una mirada diferente, es decir, acudiendo a nuevos enfoques desde la antropología forense para pensar el problema. Blair se detiene en las masacres, en

su mayoría fruto del conflicto político armado, y que involucran como sus principales víctimas generalmente a los campesinos. Algo se ha dicho sobre esta modalidad de ejecución de la muerte, respecto de su dimensión simbólica y la puesta en escena de rituales de muerte, que cumplen eficazmente con la producción de terror en las poblaciones. En efecto, es por esta vía que la muerte se deja interrogar desde sus dimensiones simbólicas a partir de su ejecución misma, del mismo acto de matar, expresado la mayoría de las veces en la violencia ejercida sobre los cuerpos.

Los trabajos de Molano son referencia obligatoria si de analizar las investigaciones sobre la interacción cotidiana en el conflicto armado colombiano se trata. Su impronta en obras como “Siguiendo el corte”, “Aguas arriba”, “Trochas y fusiles” entre otras, radica en su amplio conocimiento de las zonas de colonización de zonas de frontera como Caquetá, Guaviare y Putumayo, así como su capacidad de reflejar las voces de los actores armados y no armados en zonas de conflicto, desde la literatura testimonial y enfoques etnográficos.

A partir de mediados de los ochenta el estudio sobre la violencia en el conflicto armado ha adquirido un estatuto singular llegando a constituir un campo de estudio específico (apresuradamente elevado al rango de “violentología” en el discurso mediático o medios masivos de comunicación). Igualmente el interés riguroso y el aporte teórico/empírico de decenas de investigadores extranjeros es un aspecto destacable en la revisión del estado del arte sobre el conflicto armado en Colombia. Citemos aquí ocho de los más destacados, como el politólogo Oquist (EEUU), los historiadores Malcom Deas (Gran Bretaña), E. Hobbawn, J. Henderson, C. Berquist (EEUU); C. Legrand: (Canadá). Los franceses están representados por dos fuertes conocedores del conflicto armado colombiano Gilhodes (politólogo) y Pecaute (sociólogo).

Desde finales de los ochenta, en la investigación social sobre la problemática colombiana se ha hecho necesaria diferenciar distintas modalidades de violencia y una gama de situaciones regionales muy diversas, que desaconsejaban una generalización inmediata (Cubides, 2005, p. 135), haciendo indispensable en cambio distinguir motivaciones, modalidades, agentes que acuden a la violencia, así como sectores de población más afectados, tipos de víctimas, distribución geográfica de los índices de violencia. A partir de entonces *“puede decirse que se encuentra en auge la labor de análisis que consiste en considerar por separado cada una de las organizaciones que emplean la violencia, su lógica al acudir a ella, discernir su*

*racionalidad, así como las bases sociales que le han permitido surgir, implantarse en un determinado territorio y acumular poder* (Cubides, 2005, p. 136). El auge actual de las investigaciones indica una tendencia que coloca el acento en la pluralidad, aplazando una visión de conjunto con tal de percibir las interacciones, las interferencias que se presentan entre las distintas modalidades de la violencia colombiana. Y como bien señala Cubides, a la luz de los hechos y evidencias acumuladas, se considera que la intensidad y diversidad de las violencias están creando una nueva concepción del territorio y de la “cuestión agraria”.

Finalmente, el balance del estado del arte hasta aquí hecho tiene sentido en tanto permite constatar que son escasos los estudios que se han adelantado en Colombia para entender formas de interacción que los pobladores llevan a cabo con los actores armados. Predominan valiosos y pertinentes trabajos pero brillan por su ausencia los trabajos de campo, lo cual se debe a los propios riesgos del proceso de recolección de información.

## REFERENCIAS

Aguilera, Mario. *Justicia guerrillera y población civil 1964-1999*. En De Souza Santos, Boaventura y García, Mauricio (2003) “*El calidoscopio de las justicias en Colombia*”. Tomo II. Ediciones Uniandes y Colciencias, Bogotá, 2003.

Aguilera, Mario y Sánchez, Gonzalo. *Memoria de un país en guerra: los mil días 1899-1902*, Planeta/lepri/Unijus. Bogotá, 2001.

Alonso, Manuel Alberto. *Conflicto Armado y Configuración Regional. El caso del Magdalena Medio*. Editorial Universidad de Antioquia. Instituto de Estudios Políticos. Medellín, 1997.

Bejarano, Ana María. *La fragmentación interna del Estado y su impacto sobre la formulación e implementación de una política estatal de paz y convivencia ciudadana*. CIJUS, Universidad de Los Andes, Informe de investigación Conciencias. Bogotá, 2000.

Bejarano, Jesús, Echandía, Camilo. *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*”. Universidad Externado y FONADE, Bogotá, 1997.

Betancourt, D y García, M. *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el Occidente Colombiano*. Tercer Mundo, Bogotá, 1990.

Blair, Elsa. *Las fuerzas armadas. Una mirada civil*. CINEP, Bogotá, 1993.

\_\_\_\_\_. *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Iner. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 2004.

Blandón B, Fidel. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá. Colección Lista negra. Planeta, 1996

Camacho, Alvaro y Guzmán, Alvaro. *Violencia y coyuntura*. En “Colombia hoy: sociología y sociedad”. Centro de documentación Cendor. Universidad del Valle. Cali, 1990.

Camacho, Alvaro. *Violencia y democracia*. Informe presentado al Ministerio de Gobierno. Varios autores. Universidad Nacional de Colombia. Conciencias. Bogotá, 2002.

\_\_\_\_\_. *Empresarios ilegales y región: la gestación de élites locales*. En Silva, Renán (2004) *Región, territorio y sociedad*. Editorial Universidad del Valle. Cali, 2004.

Campo, Urbano. *Urbanización y violencia en el Valle*. Ediciones Armadillo, Bogotá, 1980.

Campos Zornosa, Yezid. *Memoria de los silenciados*. Ceicos /MSD, Bogotá, 2003.

Comisión de estudios sobre la violencia. *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1997.

Comisión Nacional sobre la Desaparición de personas. *Nunca más*, Buenos Aires, Eudeba, 1991.

Coser, Lewis. *Las funciones del conflicto social*. Fondo de Cultura Económica. Mexico, 1985.

Cubides, Fernando. *Municipalización y regionalización de la violencia en Colombia*. Mimeo documento Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2001.

Cubides, Fernando, Olaya Cecilia y Ortiz, Carlos. *La violencia y el municipio colombiano 1980-1997*. Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1998.

Cubides, Fernando, Jaramillo Jaime y Mora Leonidas. *Colonización, coca y guerrilla*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1986.

Dávila Ladrón de Guevara, Andrés. El juego del poder: historia, armas y votos". Ediciones Uniandes- Cerec, Bogotá, 1988.

De Souza Santos; Boaventura y García, Mauricio. *El caleidoscopio de la justicias en Colombia*. Ediciones Universidad de Los Andes. Bogotá, 2002.

Duncan, Gustavo "¿Cómo los guerreros sometieron a los narcotraficantes? Historia de una subordinación". Revista Foro N° 57. Bogotá, 2006.

Duncan, Gustavo. "Del campo a la ciudad en Colombia. La infiltración urbana de los señores de la guerra". Bogotá: Universidad de los Andes. Centro de Estudios sobre desarrollo económico. En [http: economía.uniandes.edu.co/-economía/archivos/temporal/d2005-02.pdf](http://economía.uniandes.edu.co/-economía/archivos/temporal/d2005-02.pdf),

Duzán, Silvia. *Vive la vida aunque mañana te mueras*. Revista Foro número 11. Foro Nacional por Colombia, enero, Bogotá, 1990.

García Peña, Daniel. *La relación del estado colombiano con el fenómeno paramilitar: por el esclarecimiento histórico*. Revista Análisis Político N. 53, enero/marzo. Instituto de Estudios políticos y relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005.

Gutiérrez, Francisco. *Nuestra guerra sin nombre*. Editorial Norma, Bogotá, 2006.

Gutiérrez, Soraya. *Consolidación paramilitar e impunidad en Colombia*" en Varios Autores *Democracia o impunidad*. Fundación para la Investigación y la Cultura. Bogotá, 2005.



Kalyvas, Stathis y Arjona, Ana. *Paramilitarismo: una perspectiva teórica*. En Rangel, Alfredo: *Paramilitarismo*. Editorial Fundación Seguridad y Democracia. Bogotá, 2005.

Krauthausen, Ciro y Sarmiento, L. F. *Cocaína & Co: un mercado ilegal por dentro*. Tercer Mundo editores. Bogotá, 1997.

Lair, Eric. *El terror, recurso estratégico de los actores armados. Reflexiones en torno al conflicto colombiano*. En "Guerra en Colombia: actores armados". Colección temática Iepri y Análisis político. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2005.

Lair, Eric *Reflexiones acerca del terror en los escenarios de guerra interna*", en Revista de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Uniandes/Fundación Social, No.15, p.96. 2003.

Leal Buitrago, Francisco. *La política de seguridad democrática 2002-2005*. En revista Análisis Político N° 57, mayo-agosto 2006. Bogotá, 2006.

Leal Buitrago, Francisco y Dávila, Andrés. *Clientelismo: el sistema político y su expresión regional*. Tercer Mundo. Bogotá, 1990.

Leal Buitrago, Francisco. *El oficio de la guerra. La seguridad Nacional en Colombia*. Tercer Mundo editores- Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 1994.

López Restrepo, N. *Narcotráfico, ilegalidad y conflicto en Colombia* en Gutiérrez, Francisco y Sánchez, Gonzalo (2006) "Nuestra guerra sin nombre". IEPRI. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2006.

Machado, Absalón. *La cuestión agraria en Colombia a fines del milenio*. El Áncora Editores. Bogotá, 1998.

Malaver, José. *Reflexiones sobre el narcotráfico, la drogadicción y la crisis de la sociedad actual* en Revista Ensayo y error, número 1, Bogotá, 1996.

Manitzas, Nitza. *Los paramilitares en Colombia*. En [http://www.fordfound.org/publications/recent\\_articles/docs/manitzas\\_spanish.pdf](http://www.fordfound.org/publications/recent_articles/docs/manitzas_spanish.pdf). 2002.

Medina Gallego, Carlos. *Autodefensas, Paramilitares y narcotráfico en Colombia*" Editorial Documentos periodísticos. Bogotá, 1990.

Molano, Alfredo. *La justicia guerrillera*". En De Souza Santos, Boaventura y García, Mauricio (2002) "El caleidoscopio de la justicias en Colombia". Ediciones Universidad de Los Andes, 2002.

Ortiz, Carlos Miguel. *Actores armados, territorios y poblaciones*". En Varios autores "Guerra en Colombia: actores armados. Colección temática Iepri y Análisis político. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2005.

Pecaut, Daniel. *Presente, pasado y futuro de la violencia*. En revista Análisis Político No 30, enero- abril de 1997.

\_\_\_\_\_. *De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano*. En: revista Controversia No 171, CINEP, Bogotá, 1997b.

Piccolli, Antonio. *El sistema del pájaro*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 2003.

Pizarro, Eduardo. *Elementos para una sociología de la guerrilla colombiana*. En "Guerra en Colombia: actores armados. Colección temática Iepri y Análisis político. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2005.

PNUD. *El conflicto, callejón con salida*. Informe Nacional de Desarrollo 2003. Bogotá. Ramírez, William (2003) *Violencia y democracia*. En Guerra en Colombia: Democracia y conflicto agrario. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2003.

Ramírez, William. *Estado, violencia y democracia*, Iepri Universidad Nacional de Colombia, Tercer mundo editores, Bogotá, 1990.

Reyes, Alejandro. *Compra de tierra por narcotraficantes en Colombia en Drogas ilícitas en Colombia. Su impacto económico, político y social*, editorial Ariel-Phud-Minjusticia. Bogotá, 1995.

\_\_\_\_\_. *Paramilitares en Colombia: contexto, aliados y consecuencias*. En Varios autores "Guerra en Colombia: actores armados. Colección temática Iepri y Análisis político. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2005.

Romero, Mauricio. *Changing Identities and Contested Setting: Regional Elite and the paramilitares in Colombia*, en International Journal of Politics, Culture, and Society, vol.14 No.1. 2000.

Romero, Mauricio. *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*. Bogotá: IEPRI-Universidad nacional, Editorial Planeta, 2003.

Sánchez, Gonzalo. *Guerra, historia y memoria*. El Áncora editores. Bogotá, 2002.

\_\_\_\_\_. *Guerra y política en la sociedad colombiana*. El áncora editores. Bogotá, 1991.

Waldman, Peter. *La insospechada fecundidad de la violencia*. En Revista Colombiana de Psicología Número 2, Bogotá. Universidad Nacional de Colombia, 1993.

**Guillermo Alejandro D`abbraccio Krentzer:** Professor e pesquisador da Universidade Nacional de Colômbia (Sede Manizales).

Email: guillermodabbraccio@hotmail.com

Recebido em: maio de 2011

Aceito em: fevereiro de 2012